

## GEORGES SPERO.

La narración que seguirá es un recuerdo juvenil que evidencia la fase de mayor felicidad y, no obstante, la más agitada en la vida de un pensador, arrebatado antes de que hubiera podido dar á la ciencia todos los descubrimientos de su genio tan original.

La ofrezco á aquellos que ignoran el porvenir, á aquellos cuyo espíritu no se satisface ni con las afirmaciones de *la fe*, ni con las negativas de la ciencia: á todos aquellos que investigan.

El mérito principal de este episodio es presentar con una luz especial algunos aspectos del gran problema ante el cual se borran todas las demás cuestiones humanas. Quizá por esto merezca la atención de los lectores que en ciertas horas de calma olvidan mundanas agitaciones y piensan, buscan y sueñan.

### I

## LA VIDA.

Flotaba en la atmósfera, la ardorosa luz de la tarde, como una prodigiosa irradiación de oro.

Desde las alturas de Passy, tendíase la vista sobre la inmensa ciudad que entonces mejor que nunca, no era una ciudad sino un mundo.

La Exposición Universal de 1867 reunía en aquel París imperial todos los atractivos y todas las seducciones del siglo. Allí brillaban las flores de la civilización con sus colores más vivos y allí se consumían en el ardor mismo de su perfume, muriendo en plena fiebre de adolescencia.

Los Soberanos de Europa acababan de escuchar una fanfarria estrepitosa, que fué la última de la Monarquía; las ciencias, las artes, la industria, sembraban sus creaciones nuevas con inagotable prodigalidad. Era una como embriaguez general de los séres y de las cosas.

Marchában los regimientos con la música á su frente; rápidos carruajes se entrecruzaban por todas partes; millones de hombres se agitaban el polvo de las avenidas, de los malecones, de los *boulevards*; pero ese polvo mismo, dorado por las rayos del sol poniente, parecía una aureola que coronara la espléndida ciudad.

Los altos edificios, las cúpulas, las torres, los campanarios, se iluminaban con los reflejos del astro en ascuas; se oían á lo lejos sonar de orquestas y confusos murmullos de voces y de rumores diversos, y aquella tarde luminosa, al completar uno de esos días de verano que desvanecen, dejaba en el alma un sentimiento de goce, de satisfacción y de dicha.

Había como un resumen simbólico de las manifestaciones de la vitalidad de un gran

pueblo llegado al apogeo de su vida y de su fortuna.

Desde las alturas de Passy en donde estamos, desde el terrado de un jardín que, como en los días de Babilonia, cuelga sobre el curso negligente del río, dos seres apoyados en la balaustrada de piedra contemplan el ardiente espectáculo. Dominando la agitada superficie de un mar humano, más felices en su dulce soledad que todos los átomos de ese torbellino, no pertenecen al vulgo y se mecen encima de aquella agitación y en medio de la atmósfera límpida de su bienestar. Piensan sus espíritus, aman sus corazones; ó, para expresar más completamente el mismo hecho: sus almas viven.

Con la virginal bellezã de sus diez y ocho primaveras, la joven deja vagar su mirada soñadora sobre la apoteosis del sol poniente, feliz por vivir, y más feliz aún por amar. No percibe los millones de séres que se agitan á sus pies; ve, sin mirar, el disco ardido del sol que desciende tras de las purpuradas nubes de Occidente; respira el aire perfumado de las rosas del jardín; siente en todo su sér aquella quietud de íntima felicidad que canta en el corazón un inefable cántico de amor. Su blon-

da cabellera pone sobre la frente un nimbo de aureola vaporosa, y en opulentas ondas cae sobre su talle esbelto y delicado; sus ojos azules, orlados por largas pestañas negras, fingen un reflejo del azul de los cielos; sus brazos, su cuello, permiten admirar carnes de blancura láctea; sus mejillas y sus orejas están vivamente coloridas; el conjunto de ella recuerda un tanto á aquellas marquesitas de los pintores del siglo XVIII que nacían á una vida desconocida, y de la que no habían de gozar por mucho tiempo. Estaba de pie. Su compañero, que un momento há rodeaba el talle con su brazo y que con ella contemplaba el cuadro de París á la vez que con ella escuchaba las olas de armonía que en los aires diseminaba la banda de la Guardia imperial, se sentó á su lado. Olvidan sus ojos París y la puesta del sol para no atender más que á su graciosa amada, y sin advertirlo, la ve con extraña y suave fijeza, admirándola como si la viese por primera vez, y no pudiendo desprenderse de ese delicioso perfil, y envolviéndola en la mirada como en una magnética caricia.

El joven estudiante permanecía absorto en su contemplación. ¿Estudiante? Lo era á los veinte y cinco años. Chevreul, nuestro

maestro de entonces ¿no dice todavía hoy á los ciento dos años de edad, que es el Decano de los estudiantes de Francia?

Georges Spero concluyó desde temprano sus estudios de liceo que nada enseñan como no sea el método de trabajo, y continuaba profundizando con infatigable ardor los grandes problemas de las Ciencias Naturales. La Astronomía sobre todo le apasionó, y precisamente le conocí en el Observatorio de París, donde entró á la edad de diez y seis años y donde se hizo notar por una singularidad bastante rara: la de no tener ambición alguna y no desear el menor ascenso.

A la edad de diez y seis años, como á la de veinte y cinco, creíase en vísperas de la muerte, juzgaba quizá que en efecto la vida pasa pronto y que es supérfluo desear algo que no sea la Ciencia y supérfluo desear más allá de la dicha de estudiar y de saber.

Era poco comunicativo aunque en el fondo su carácter fuese el de un niño.

Su boca, muy pequeña y muy graciosamente dibujada, parecía sonreír, si se examinaban con cuidado las extremidades de los labios; de otro modo, parecía más bien pensativa y hecha para el silencio. Sus ojos cuyo indeci-

so color recordaban el azul verdoso del horizonte del mar que cambia según la luz y según las emociones interiores, eran generalmente, de una gran dulzura; pero en determinadas circunstancias se les hubiera podido creer inflamados con el fuego del relámpago ó fríos como el acero. La mirada era profunda, en ocasiones insondable y aun extraña y enigmática. La oreja era pequeña, el lóbulo estaba bien desprendido y ligeramente alzado, lo que es para los analistas indicio de delicadeza en el talento. La frente era vasta, aun cuando la cabeza fuese pequeña, y la agrandaba una hermosa cabellera de bucles ondulados. Su barba fina, castaña como sus cabellos, ligeramente rizada. De mediano porte su conjunto era elegante con elegancia natural, y cuidado sin pretensiones, como sin afectación.

Ni mis amigos ni yo tuvimos con él en época alguna lazo de compañerismo. Jamás estuvo con nosotros en los días de vacaciones, en las horas de descanso. Sumergido perpetuamente en sus estudios, dijérase que se daba sin tregua á buscar la piedra filosofal, la cuadratura del círculo ó el movimiento perpétuo. Nunca le conocí un amigo, excepto yo, y to-

davía no estoy seguro de que recibí todas sus confidencias.

Además, acaso nunca hubo en su vida más acontecimiento íntimo que el que hoy refiero y del que tuve noticia como testigo, ya que no como confidente.

El problema del alma era la obsesión tenaz de su pensamiento. A veces se abismaba en la investigación de lo desconcido con tal intensidad de acción cerebral que sentía bajo del cráneo un hormiguero en el que todas sus facultades pensadoras parecían debilitarse. Tal sucedía principalmente cuando después de haber analizado por espacio de mucho tiempo las condiciones de la inmortalidad veía desaparecer de súbito frente él la efímera vida y abrirse ante su sér mental la eternidad sin fin. Frente á su espectáculo del alma en plena eternidad, quería saber. La vista de su cuerpo pálido y helado, sepultado en un sudario, tendido en un ataúd, abandonado en el fondo de una fosa estrecha, última y lúgubre mansión, bajo de la hierba donde murmura el grillo, no consternaba su pensamiento tanto como la incertidumbre del porvenir.

—¿Qué será de mí? ¿Qué será de nosotros?

repetía como si tuviera en el cerebro el cho-  
que de una idea fija. Si morimos enteramen-  
te, ¿qué imbécil comedia esta de la vida con  
sus luchas y con sus esperanzas! Si somos in-  
mortales, ¿qué hacemos durante la inacabable  
eternidad? Dentro de cien años ¿dónde es-  
taré? ¿Dónde estarán los actuales habitantes  
de la Tierra? ¿Dónde los habitantes de todos  
los mundos? Morir para siempre, para siem-  
pre, no haber existido sino sólo un momen-  
to ¿qué irrisión! ¿No valdría cien veces más  
no haber nacido? Pero si el destino es vivir  
eternamente sin poder cambiar nada de  
la fatalidad que nos arrastra y llevando  
siempre por delante la eternidad sin fin ¿cómo  
soportar el peso de situación semejante? ¿Es  
ésta la suerte que nos aguarda? Si la existen-  
cia nos fatiga ¿estará prohibido huír de ella?  
¿nos será imposible darle fin? Crueldad más  
implacable aún que la de una vida efímera  
que se disipa como el vuelo de un insecto en  
medio de la frescura de la noche! ¿Por qué  
hemos nacido? ¿Para sufrir la incertidumbre?  
¿Para ver que no queda en pie, después del  
examen, una sola de nuestras esperanzas? ¿Pa-  
ra vivir, si no pensamos, como idiotas; y si  
pensamos, como locos? ¡Y se nos habla de un

*Dios bueno!* ¡Y hay religiones, y sacerdotes, y  
rabinos, y bönzos! Pero la humanidad no es  
más que una raza de engañadores y de enga-  
ñados. La religión vale la patria y el sacerdo-  
te vale el soldado. Los hombres de todas las  
naciones se han armado hasta los dientes pa-  
ra asesinarse entre sí como imbeciles. ¡Eh! Es  
lo mejor que pueden hacer; es así como mejor  
pueden probar su agradecimiento á la Natu-  
raleza por el inicuo regalo con que les obse-  
quió al darles la vida.

Intentaba yo calmar sus tormentos, sus  
inquietudes, apoyándome en cierta filosofía  
que, relativamente, me había satisfecho.

—El temor de la muerte, le decía, me  
parece absolutamente quimérico. Dos hipóte-  
sis son las únicas que hay que hacer. Cuando  
á cada noche nos dormimos, es posible que no  
despertemos al día siguiente, y esta idea, si  
pensamos en ella, no nos impide que durma-  
mos. No obstante, primero, ó todo concluye  
con la vida y no despertamos en absoluto, ni  
en lugar alguno, y en este caso es un sueño  
que no acaba, que dura eternamente y del  
que nunca sabremos nada; después, ó el alma  
sobrevive al cuerpo y despertamos en otro  
sitio para continuar nuestra actividad: en es-

te caso no hay por qué temer el despertar; antes ha de ser encantador, que toda existencia en la Naturaleza tiene su razón de ser y toda criatura, así la más ínfima como la más noble halla felicidad en el ejercicio de sus facultades.

Este raciocinio parecía calmarle. Pero no tardaban en volver las inquietudes de la du-da. A veces erraba solo en los vastos cementerios de París buscando, junto á las tumbas, las avenidas más desiertas, escuchando como pasaba el ruido del viento por entre los árboles, el murmullo de las hojas muertas que rodaban por los senderos. A veces iba en los alrededores de la gran ciudad, á través de los bosques, y durante horas enteras andaba hablando consigo mismo. A veces, finalmente, quedábase todo un día en su taller de la plaza del Panthéon, taller que era también gabinete de trabajo, recámara y sala; y aun en horas avanzadas de la noche, disecaba algún cerebro traído de la Clínica y estudiaba en el microscopio los cortes en laminillas de la substancia gris.

La incertidumbre de la ciencias llamadas positivas, el brusco detenerse de su espíritu en

la solución de los problemas, le desesperaban hasta el exceso y en más de una ocasión le encontré sumergido en inerte abatimiento, con los ojos brillantes y fijos, las manos ardientes por la fiebre, y el pulso agitado é intermitente.

En una de esas crisis, habiéndome visto obligado á dejarle por espacio de algunas horas, creí que no le encontraba vivo cuando regresé á las cinco de la mañana. Tenía cerca de sí un vaso con cianuro de potasio que trataba de ocultar á mi llegadâ; pero, recobrando la calma en seguida y con una gran serenidad de alma, sonrió ligeramente y me dijo:

—¿Para qué? Si somos inmortales de nada serviría esto. Quería saber cuanto antes.

En ese día me confesó que creyó sentirse dolorosamente arrebatado por los cabellos hasta el techo y luego dejado caer al piso.

La indiferencia pública en punto á este gran problema del destino humano, cuestión que á sus ojos era superior á todas las demás puesto que se trataba de nuestra existencia ó de nuestra nada, tenía el don de exasperarle hasta el último grado,

Veía por dondequiera gentes ocu-

padas en intereses materiales, que consagraban sus minutos, sus horas, sus días y sus años todos á esos intereses disfrazados bajo las formas más diversas, y que no había espíritu alguno libre que viviese la vida del espíritu. Le parecía que cuantos piensan podían, *debian*, aun viviendo la vida del cuerpo puesto que no se puede proceder de otro modo al menos no ser esclavos de organización tan tosca y dedicar los mejores instantes á la vida intelectual.

En la época en que comienza esta narración, Georges Spero era ya célebre, y aun ilustre, por los originales trabajos científicos que había publicado y por varias obras de alta literatura que llevaron su nombre con las aclamaciones del mundo entero. Aunque no hubiese cumplido veinte y cinco años, más de un millón de lectores había leído sus obras, que no fueron escritas para el vulgo, pero que alcanzaron el gran éxito de ser apreciadas, así por la mayoría deseosa de aprender como por la minoría ilustrada.

Le proclamaron Maestro de una escuela nueva, y críticos eminentes, ignorando su individualidad física y su edad, hablaban de *sus doctrinas*.

¿Por qué ese filósofo singular, ese estudiante austero, se hallaba á los pies de una joven en la hora de la puesta del Sol y sólo con ella en aquel terrado en que acabamos de verles?

